

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 45 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

El embajador, por F. F. V.—A mi hija Emilia, poesia, por Emilia Calé Torres de Quintero.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel, por M. C.—Seccion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA ESCARAMUZA DE LA REINA.

(CONCLUSION.)

Este era el objeto del movimiento que tanto habia alarmado a los habitantes de aquella ciudad.

Deliciosa era en efecto la vista que disfrutaba desde el punto escogido para la mansion de la reina. Las casas de Granada, de poca apariencia en lo exterior, como situadas en estrechas y tortuosas calles, hacian mejor efecto vistas desde lejos, por que á favor de los declives del terreno se podian descubrir los jardines que encerraban en lo interior. Las fortalezas del Alhambra y del Albaicin sobre sus respectivas colinas, au-

mentaban la hermosura de este risueño cuadro cuyo fondo, rebajado entre vapores, le formaban las cordilleras de Sierra Nevada con sus perpétuos hielos. Semenjante espectáculo no podia menos de avivar los deseos de los católicos reyes, y los de todo el ejército, de poseer aquella joya; pero cuando mas gozosos contempládola estaban, lejana y confusa gritaría, repetidos disparos y llamada de trompetas, les anunciaron la salida y el ataque de los enemigos,

III.

No queriendo la reina Isabel que corriese la sangre por lo que ella reputaba un mero capricho de ver á Granada, habia prohibido á sus tropas el trabar escaramuza con los moros, previniendo á los capitanes que se mantuviesen solamente á la defensiva. En virtud de estas órdenes terminantes, el marqués de Cádiz, que mandaba el primer cuerpo avanzado al frente de la colina en que estaba la reina, guardó inalterable su posición, sin dar muestras de aceptar, ni de esquivar el combate. Dificil, sino imposible era contener el ardor bélico de ambos partidos, y tanto mas cuanto que los moros, animados con la inconprensible inaccion de los cristianos, é interpretándola como un efecto de su cobardia, no solo los moles-

taban con sus denuestos, sino que les enviaban granizadas de flechas. Habíase mantenido el marqués en silencio sin responder de modo ninguno á las provocaciones de los infieles; pero no sucediólo mismo cuando sintió en su escudo los golpes de las flechas, y cuando vió caer algunos de sus valientes guerreros espuestos á los mortíferos tiros del enemigo. Creyó entonces que era méngua de su valor el permanecer en tal inacción: perdió de todo punto la paciencia, y lanzando su grito de guerra, salió á despejar el frente, arrollando la caballería morisca.

Al ver rotas las hostilidades, levantaron sus voces y sus plegarias al cielo las damas y las personas de la régia comitiva que ocupan lo alto de la colina: era aquella muy diferente escena de la que habían creído presenciar. Mas que de una simple escaramuza, presentaba ya la campaña el aspecto de una batalla. Muza envió al instante tropas para reforzar á los suyos, que eran atacados por el marqués de Cádiz y preparó la artillería que habían sacado de la plaza. Por parte de los cristianos se iba aumentando cada vez mas el número de los combatientes. El gallardo conde de Tendilla voló al socorro del marqués de Cádiz, siguiéndole á poco tiempo las huestes que acaudillaban el conde de Cabra y el señor de Alcaudete. Entonces se hizo general la refriega con daño de los moros, que llegaron á perder en ella hasta dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

En vano el arrogante Muza hizo prodigios de valor: rota su lanza en los escudos enemigos, blandiendo su ensangrentada cimitarra y abandonado casi al instinto de su caballo, entraba y salía por lomas intrincado de los combatientes, animando y dirigiendo á los suyos, y abatiendo á sus pies al temerario que se esponía á ser blanco de su furor. ¡Avínole bien el no encontrarse con alguno de los adalides de renombre del campamento cristiano, á los que él por otra parte tampoco deseaba encontrar, persuadido con su sereno valor, de que para sacrificarse por su patria, (como así lo hizo despues) siempre estaba á tiempo, cuando se convenciese de que su brazo ya era insuficiente para contener su ruina. Pero ni el ejemplo de Muza, ni el ardor con que habían salido de Granada podían contener á los moros, cuando un nuevo incidente, llenándolos de terror, vino á completar su dispersion.

Bajaba desde las colinas de la Zúbia hácia el campo de batalla un lucido escuadron de gente armada, á cuyo frente y sobre un arrogante palafren, se divisaba una persona de airosa figura, con peto, espardar, brazaletes, celada y demás piezas de armadura, centelleantes á fuerza de

bruñido. — ¡La reina!... ¡Viva la reina! gritaban por todas partes, y este grito mágico parece que redoblaba el ardor de los soldados castellanos; en unos, porque creían que la reina estaba en peligro, y en otros porque mil vidas que tuvieran las sacrificarían llenos de entusiasmo por aquella inclita princesa.

De los moros se apoderó el mas pánico terror, al saber tenían tan inmediata á su ilustre enemiga. Algunos abencerrajes, á quienes sobaban motivos de disgusto dentro de Granada, se rindieron espontáneamente á las tropas cristianas, y el mismo Muza, á pesar de su indomable valor, cuando oyó aquellas festivas aclamaciones, paróse abatido, exclamando:

— ¡La reina está en el campo?... ¡Cierta es la ruina de Granada!

Hizo sin embargo los mayores esfuerzos para sostener la funesta retirada de los suyos, y con los que pudieron salvarse volvió tristemente á encerrarse en la ciudad. Era la primera vez que volvía vencido aquel guerrero audaz, acostumbrado en sus frecuentes salidas á llevar la muerte y el espanto hasta el centro del campamento cristiano.

IV.

Mas inquietados hubieran sido los moros en su retirada, si los continuos toques de las trompetas no hubiesen hecho desistir de su persecucion á los indignados castellanos. La reina dió orden de que cesase la matanza, siempre pesadosa de que por causa suya se hubiese suscitado aquella contienda. Por esta causa, disimulando la satisfacción de la victoria, salió al encuentro del marqués de Cádiz, y le dijo con voz severa:

— Marqués, ¿asi cumplis la palabra que disteis de guardar á la reina?

Iba el impetuoso marqués á replicar; pero al ver la cifra de Isabel grabada en la visera del casco de quien le hablaba, se arrojó al punto del caballo, y bajando la punta de su sangrienta espada, fué áincar la rodilla ante su soberana, diciendo:

— Perdonad, señora dispond como gustéis de quien se atrevió á desobedeceros. Aun no sabía yo por experiencia cuan difícil es á un caballero español el abstenerse de triunfar á vista de su reina.

Alzó entonces la visera la ilustre Isabel, y con la alhagüena espresion y benévola sonrisa de su semblante, ya dió á entender al marqués cuan satisfecha quedaba de su noble conducta y mu-

cho mas, cuando invitándole á cobrar su caballo, le hizo ir á su lado al pasar por delante de las tropas vencedoras: demostracion que tácitamente indicaba que á él era debido el triunfo de aquel dia, que segun varios historiadores fué el 18 de Junio de 1491,

A pesar de todo, asi las tropas como sus jefes y los caballeros castellanos, en quienes el valor no estaba reñido con la galanteria, atribuyeron á la presencia de la magnánima Isabel la victoria que acababan de conseguir, cediendo en honor suyo todo la prez de la batalla de que habia sido testigo.

Por esta causa entre todas las acciones memorables de esa sublime y caballeresca conquista, último baluarte de los moros de España, la que fué honrada con la presencia de la Católica Isabel, se ha distinguido siempre en la historia con el nombre de, la *Escaramuza de la reina*.

F. F. V.

A MI HIJA EMILIA

AL VESTIR EL TRAJE LARGO

*Hoy que pisas sonriente
de otra aurora los umbrales,
y acaricias, dulcemente,
el delicioso torrente
de tus gratos ideales.*

*Hoy que tan solo adivinas
venturas en lontananza,
y, ni siquiera imaginas
que pueda albergar espinas
la vía de tu esperanza.*

*Hoy que el mundo sin engaños
à tus ojos aparece,
y ajena à los desengaños
ves solo en tus quince años
las dichas que aquel te ofrece.*

*No intentaré destruir
esa ilusion placentera
que te brinda el porvenir,
¡que ella jamás llegue à huir
de tu florida carrera!*

*Mas quiero mostrarte, Emilia,
un lema que aqui en el suelo
lo que hay de hermoso concilia,
dice: «Dios, deber, familia,»
en cifras que grabó el cielo.*

*Siguiendo sus prescripciones,
grande será tu destino;
y mas placer no ambiciones,
que el que te ofrescan sus dones
para adornar tu camino.*

*No busques, pues, el contento
del mundo, en los goces vanos;
eleva tu pensamiento
y lo hallarás al momento
en los preceptos cristianos.*

*Observa el código santo
del que ha dado su existencia
por amar al hombre tanto;
y cifra solo tu encanto,
en la paz de tu conciencia.*

*Vuelve siempre bien por mal,
cumpliendo de varios modos
el mandato celestial
de aquel padre universal,
que nos hizo hermanos todos.*

*No niegues al desgraciado
el pan, aunque no te sobre;
que un dia en perlas trocado
tu corona habrá formado
con las lágrimas del pobre.*

*Dios premiará, bondadoso
tus beneficios prolijos,
y hará tu existir dichoso,
entre el amor del esposo
y el cariño de los hijos.*

*Mas si tus días amenos
empaña ligera nube,
fija tu ojos, serenos,
en aquel que tiene menos,
no en el que en fortuna sube.*

*Que si en tu mente afianzas
sus floridos devaneos,
verás que tan solo alcanzas
sostener entre esperanzas,
irrealizables deseos.*

*No rindas tu acatamiento
á ídolos que encubra el dolo
en metalizado asiento;
à la virtud y al talento,
culto debemos tan solo.*

*Y cuando el fruto ya cojas
del bien que anida en tu alma,
de las flores que recojas,
formarán sus verdes hojas
de mi sepulcro la palma.*

*Que guardes fiel con rigor
estos consejos te encargo,
pues son la joya mejor
que puede darte mi amor
hoy que vistes traje largo.*

Emilia Calé Torres de Quintero.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

Cuando Julio abandonó su casa temiendo las reconvenções de su anciano padre, no podía sospechar, ni aun muy remotamente, que no volvería á verlo mas, al menos en este mundo.

Ya hemos dicho que el jóven, viciado por los falsos amigos, enloquecido por los perniciosos ejemplos de la corrompida juventud que le rodeaba, habia apartado su pié de la senda del deber, y rodado por la pendiente que el estravió y la falta de virtud habian abierto bajo sus piés.

Sin embargo, debemos hacerle justicia si hemos de ser esactos en nuestro relato. El ignoraba, no sospechó nunca la procedencia de aquel dinero cuya desaparicion causó la ruina de su familia entera.

Como todo el que está dominado por una idea, Julio no se cuidaba de nadie.

El torbellino del juego le absorbía completamente, y al sentarse junto al tapete verde, hubiera desoido á quien viniera á decirle «tu padre está enfermo, tu madre gime en una prision y tu hermana agoniza;» con seguridad se hubiera hecho la ilusion de que semejantes palabras eran una mentira, por poder continuar en su puesto con el espíritu sereno.

¡Oh! cuando una gran pasion nos domina, cuando avasalla nuestra voluntad y nuestros sentidos, con facilidad creemos todo aquello que puede favorecerla, ó negamos lo que la puede contrariar!

Julio que conocia á sus padres, que sabia lo que habian gastado en él, lo que habian sacrificado por crearle un porvenir, admitió sin ninguna duda la idea de que aun podian disponer de aquella respetable cantidad, y que si fingian pobreza, si aparentaba privaciones era con el pensamiento de que él se contuviera en sus gastos, de que él no sospechase que aun tenian con que contar.

La clase de vida que llevaban favorecia en parte este error, pues Julio, aconsejado por sus amigos, habia dejado su carrera, habia abandonado sus libros, consiguiendo, no sé de que modo, un modesto destino que le permitia atender á sus propios gastos, y crear-

se para en adelante un caudal de ilusiones que debía destruirse bien pronto, y cuando mas ahagado estuviere por ellas.

La conducta del jóven habia producido serios altercados entre el padre y el hijo, de cuyas resultas este último habia resuelto abandonar el techo paterno, y con el pretexto de que no queria serles gravoso por mas tiempo, habia trasladado su domicilio á una casa de huéspedes, donde vivia con algunos compañeros de desórden, y en una completa libertad.

Todo lo mas que habia podido conseguir Mercedes á fuerza de súplicas, á fuerza de ruegos, era que les visitase todos los dias y que no perdiera enteramente el amor de la familia que en alguna parte se habia empezado á enfriar en su pecho.

D. Fernando habia cedido á las instancias de su esposa, y consentia en recibir aquel hijo que con tal ingratitud pagaba sus amantes desvelos.

Débil, anciano impotente para castigar, pues su enfermedad le imposibilitaba para todo, era, además, padre al fin, y habia concluido por perdonar, aunque sintiendo el alma herida por la terrible decepcion que habia sufrido con su Julio.

El desgraciado padre amaba aun, daba en su corazon el mismo lugar á aquel hijo extraviado. Pero ¡ay! no creia ni esperaba nada de él, y sentía el corazon helado y el alma cansada y yerta.

¡Qué amor tan triste y falto de goces es aquel que ni crece ni espera nada del objeto á que se dedica!

D. Fernando vivió muriendo desde que vió la indiferencia de su hijo, y murió llevando en su pecho la espina de aquel dolor, sin el consuelo de bendecir y de pronunciar una palabra de perdon al oido del hijo de su alma!

Julio, como hemos dicho, ignoraba el desastre ocurrido en su casa.

Algunos meses antes, sus jefes, cansados de su conducta, le habian privado de su destino, dejándole cesante y sin mas recursos que los que encontraba en el mismo vicio.

Ya le vimos al empezar nuestra narracion, ya le vimos al pensar ausentarse de Madrid, saliendo furtivamente de su casa y sin pensar ¡ay! lo que dejaba en pos de sí.

En el pueblo del amigo á quien se unió, y cuyos consejos habia escuchado, pasaron los dos algun tiempo entregados á la indolencia, á las diversiones, y sobre todo al vicio.

Pero en las pequeñas poblaciones dura poco el reinado de este, y el que vive del juego y la

orgia, bien pronto vé reducidos sus medios de prosperidad y medro.

Los que en un principio celebraron su alegría y su buen humor, bien prontose alejaron de ellos, y se esquivaron de su amistad, por que la amistad del que no es honrado, y digno y laborioso, es una moneda falsa que todos se abstienen de tomar, porque lleva la pérdida y el perjuicio cualquiera.

Cansados pues, desengañados en sus esperanzas, y aburridos de su expedicion, decidieron volverse á la córte, campo mas estenso, donde podian adquirir con mayor facilidad los reprobados medios de seguir en su culpable vida.

Una mañana, Ludovico, el amigo de Julio, salió de la casa paterna, sin despedirse de sus padres, sin informarles de sus proyectos, sin decirle siquiera «Adios».

Ludovico era un infame, y Julio era su digno compañero.

Sin embargo, el alma del hijo de Mercedes no estaba tan corrompida y desierta como la de aquel amigo que habia contribuido tanto á su pérdida.

Quedaban aun en ella restos de bien, que no habian podido borrar los que habian contribuido tanto á su perdicion.

Recuerdos de la niñez, reminiscencias del pasado, que á veces estendian una nube en su frente y atraian á sus lábios un suspiro.

Y no sé porque ocultos misterios de la conciencia; no sé por que secretas predicciones del alma; Julio se sintió triste y conmovido aquel dia.

El recuerdo de la madre que Ludovico abandonaba sin pesar, atrajo á su mente la memoria de la madre que tanto le habia amado, que tantos sacrificios habian hecho por él. La imagen de Mercedes tan dulce, tan indulgente, tan pronta siempre al perdon, surgió ante su vista, y creyó sentir caer en su corazon las lágrimas que tantas veces la habia visto verter por él.

Preocupado, entristecido, seguia maquinalmente el camino que debia llevarle á Madrid, en pos de su amigo, que descuidado y sin pesar, marchaba tambien, ocupando su mente con los placeres que pensaba encontrar, y no con los dolores que dejaba tras sí.

La mañana adelantaba rápidamente; el frio sin embargo, era intenso y terrible.

Un viento elado empezaba á arremolinar en el espacio las pardas y espesas nubes que ocultaban enteramente los rayos del sol, y algunas gotas de agua, convertidas casi en nieve, empezaban á desprenderse de ellas.

—Si no aligeramos las cabalgaduras, creo que nos vamos á calar hasta los huesos, dijo Ludo-

vico, dirigiéndose á Julio; Madrid dista lo menos cuatro leguas aun, y ya serán quizá la diez, según á la hora que salimos del pueblo y lo que hemos andado ya.

—Sí, contestó el joven distraído, está amenazando una gran lluvia, y el frío es excesivo.

Calló un instante, y luego añadió con una voz timbrada de un modo melancólico y extraño.

—Que dulce debe ser el calor del hogar en un día como este!

Ludovico se paró de un modo brusco, y miró con asombro á Julio.

—¿Esas tenemos? exclamó lanzando una sonora carcajada, con que según eso, echas de menos el pueblo que acabamos de dejar con sus chicos metódicos y tacaños, sus muchachas tan tímidas y encojidas? ¡Bah! no te creía tan próximo á la conversión.

—¡A mí!

—Sí, creí que dejarías esas aspiraciones de tranquilidad y juicio para cuando las canas blanqueasen tu cabeza y enfriasen tu corazón, pero ahora!....

—Que quieres! hoy no sé por qué estoy triste y me parece sombrío cuanto miro en torno. Creo que esta vida agitada y delirante que llevamos tú y yo, no encierra la felicidad, y que seríamos mas dichosos, con un hogar, con una familia, con nuestros padres, á quien hoy....

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

ISABEL

(CONTINUACION)

—Vengo de Tobolsk.

—¿De Tobolsk, sola y á pié.

Temblaba de agitación al hablar de esta manera,

—Sí respondió; he venido sola y á pié para pedir el perdón de mi padre; se me aleja del trono y se me arranca de la presencia del emperador.

—Ven, ven, Isabel interrumpió el joven con entusiasmo; soy yo quien te presenta á al emperador; ven á hacerle que oiga tu voz; ven á dirigirle tus ruegos, que no resistirá á ellos.

Separó á los soldados, y condujo á Isabel hacia la iglesia.

En aquel momento el acompañamiento imperial desfilaba por la gran puerta de la catedral; en el instante que el monarca apareció, Smoloff se abrió paso hasta él, llevando á Isabel de la mano. Se arrodilló á sus pies con ella, diciendo:

—Señor, escuchadme, escuchad la voz de la desgracia, de la virtud; teneis delante de vos á la hija del desgraciado Estanislao Potwiski. Llega de los desiertos de Ischim, en donde hace doce años están sus padres desterrados; ha partido sola, sin socorros; ha andado el camino á pié, pidiendo limosna y arrostrando la negativa, la miseria, las tempestades, todos los peligros y todos los trabajos, para venir á implorar á vuestros pies el perdón de su padre.

Isabel levantó las manos suplicantes hacia el cielo, repitiendo:

—¡El perdón de mi padre!

Hubo entre la multitud un grito de admiración; el emperador mismo se admiró; habia fuertes prevenciones contra Estanislao Potwiski; pero se borraron en aquel momento: creyó que el padre de una hija tan virtuosa no podia ser culpable; pero aun cuando lo hubiera sido, lo hubiese perdonado.

—Vuestro padre es libre, la dijo, os concedo su perdón.

Isabel no oyó mas.

Al proferir aquella palabra de perdón, una alegría extraordinaria se apoderó de ella, y cayó desmayada en brazos de Smoloff. Llevóse la á través de una multitud inmensa que se abrió á su paso, dando gritos y aplaudiendo la virtud de la heroína, y la clemencia del monarca. Trasladóse á casa del buen Jacobo Kossi, donde recobró el uso de sus sentidos.

El primer objeto que vió fué á Smoloff, arrodillado á su lado; las primeras palabras que dijo, fueron las primeras que habia oído de boca del emperador:

—Isabel, vuestro padre está libre; os concedo su perdón.

Todavía no podia hablar; solo sus miradas revelaban su alegría y reconocimiento. En fin, inclinóse hacia Smoloff, y con una voz conmovida pronunció el nombre de sus padres.

—Los volveremos á ver, añadió; disfrutaremos de su felicidad.

Estas palabras penetraron hasta el fondo de su corazón. Isabel no le habia dicho que le amaba; pero acababa de asociarle al primer sentimiento de su corazón; al primer bien de su vida; acababa de compartir con él la felicidad mas dulce que se proponia para el porvenir. Desde aquel

momento osó concebir la esperanza que podía consentir quizá un día en no separar ya lo que acababa de unir.

Trascurrieron muchos días sin que se expidiese el perdón; era preciso revisar de nuevo el negocio de Estanislao Potwiski: examinándolo Alejandro, se convenció que solo la equidad debía romper las cadenas del noble palatino; pero había perdonado antes que hubiese hecho justicia, y los desterrados no lo olvidarian.

Una mañana entró Smoloff mas temprano que de costumbre en casa de Isabel; la presentó un pergamino, sellado con el sello imperial:

—Hé aquí la orden que el emperador envía á mi padre para que ponga al vuestro en libertad.

Cogió la jóven el pergamino, y besándole le cubrió de lágrimas.

—No es esto todo, añadió Smoloff con emoción; nuestro magnánimo emperador no se ha contentado con devolver la libertad á vuestro padre; le devuelve sus dignidades, su rango, su riqueza, y todas esas grandezas que elevan á los hombres, pero no á vos. El correo, portador de esta orden, debe partir pasado mañana; he obtenido del emperador la gracia de acompañarle.

—Y yo, interrumpió vivamente Isabel, ¿no te acompañaré?

—¡Ah! le acompañareis sin duda, dijo Smoloff, ¿qué otra boca que la vuestra tendría el derecho de decir á vuestro padre que es libre! Hallábame convencido de vuestro designio, y he informado al emperador de él; se ha conmovido; lo ha aprobado y me ha encargado que os anuncie que podeis partir mañana; que os dá uno de sus carruajes; dos doncellas para servirlos, y un bolsillo que contiene dos mil rublos para los gastos del viaje.

Isabel miró á Smoloff, y le dijo:

—Desde el día en que os ví no me acuerdo haber obtenido un solo bien del que no hayais sido vos el autor: sin vos no hubiera alcanzado el perdón del emperador, ni hubiera vuelto á ver mi padre su patria. ¡Ah! á vos toca decirle que está libre, y esta felicidad será el solo precio, digno de vuestros beneficios.

—No, Isabel, replicó el jóven; esta dicha será vuestra; yo aspiro á un premio mas alto.

—¡Un premio mas alto! exclamó: ¡oh Dios mío! ¿cual será este?

Smoloff hizo un movimiento para hablar; se contuvo; bajó sus ojos, y despues de un largo silencio respondió con voz conmovida:

—Os lo diré á los pies de vuestros padres.

Desde que Smoloff había encontrado á Isabel, no pasaba sin verla un solo día; sin que permaneciese á su lado muchas horas; sin que él tuviese nuevas razones para amarla mas, y sin faltarla

al respeto que la debía. Hallábase lejos de sus padres, y no tenía otro protector que él; y aquella jóven sin defensa era á sus ojos un objeto demasiado sagrado y santo para atreverse á declararla un pensamiento que la hubiera ruborizado.

Isabel antes de abandonar á Moscow, recompensó muy bien á sus bondadosos huéspedes; así como tambien al pasar el Volga por delante de Kasau, recordó al barquero Nicolás Kisoloff; preguntó qué era de él, y supo que á consecuencia de una caída había quedado en la miseria mas espantosa, viviendo en una mala habitación, con seis hijos, á los que faltaba pan. Hízose conducir á su casa: la había visto pobre y miserable, volvía á verla rica y brillante; no la conoció. Sacó de su bolsillo la moneda que la había dado; se la enseñó; le recordó lo que había hecho por ella, y echando en su lecho un centenar de rublos, le dijo:

—Tomad; la caridad no siembra en vano: ved lo que disteis en nombre de Dios, y hé aquí lo que ahora os envía.

Isabel ansiaba tanto ver á sus padres, que viajaba de día y de noche; pero quiso detenerse en Sarapoul, y visitar la tumba del pobre misicnero; era un deber filial que Isabel no podía olvidar. Volvió á ver aquella cruz que había colocado sobre el sepulcro, y aquel lugar donde tanto había llorado; lloró todavía; pero las lágrimas que derramó eran de gracias; parecía que desde lo alto del cielo se regocijaba el pobre religioso de verla feliz, y creía que en aquel corazón henchido de caridad la vista de la felicidad de otro podría aumentar la perfecta dicha que disfrutaba al lado de Dios. Acabará; ya es tiempo: no me detendré en Tobolsk para describir la alegría de Smoloff al presentar á Isabel á su padre, y el reconocimiento de ésta hacia el buen gobernador; como ella no estará satisfecha hasta llegar á la cabaña, en donde con tanto pesar se cuentan los días de la ausencia.

(Continuad)

M. C.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Pues el debió ser muy desgraciado, dijo Julian con acento de profunda convicción.

—Sí que lo fué, añadió la Marquesa, por que jamás pudo amar á otra mujer, y pasó su vida solo!

—Pobrecillo! dijo Julieta, en cuyo tierno corazon tenían eco todos los pesares.

—Sí, dijo su abuela; pero tambien le cupo alguna parte de culpa, si el mentiroso, el que levanta un testimonio falso, no encontrara quien le diese crédito, quizá este vicio infame no se estenderia tanto. Pero todos nos apresuramos á preguntar, á inquirir: parece que nos complacemos en escuchar los defectos ajenos: parece como que nos agrada ó que alhaga nuestro amor propio ver en otro culpas de las que nos creemos exentos, y esto anima, esto alienta al murmurador á llevar adelante su obra.

Mil veces, y solo por satisfacer un capricho, por conseguir esa especie de triunfo que alcanza todo aquel que excita el interés ó la curiosidad del que le escucha, agrandamos los hechos, exajeramos los sucesos, de modo que lo que nada es en sí, toma proporciones considerables y aparece de un modo muy distinto á lo que fué en su primitivo origen.

¡Y cuantas desgracias! cuantos males no se han ocasionado por esto, cuantas disenciones no ha traído una palabra sencilla, adulterada, comentada y dicha con un maligno sentido!

Y lo peor de todo esto, es que la frase que se pronuncia, no puede recogerse nunca, ni remediarse el daño que se hace con ella.

Guardaos, pues, guardaos, amigos míos, de hablar todo aquello que pueda perjudicar á nuestros semejantes. Ni el odio, ni la cólera, ni la envidia, ni el rencor, muevan jamás vuestra lengua ni dicten las frases que se escapen de vuestro labio. Guardad aquella máxima tan justa como santa, que nos advierte, «que no digamos de los demás, aquello que no quisiéramos oír que decían de nosotros.»

Perdonad al que os ofendiere, y callad sus defectos, por que nunca es mas grande el hombre, que cuando perdona y cuando olvida. Pensad tambien sobre todo, al ir á revelar ó comentar los defectos ajenos, que la frase que se calla, siempre estamos en tiempo de pronunciarla, pero la que una vez se formula, yá no se puede callar nunca.»

El ser circunspectos en el hablar, vale mucho, tanto que yo no os lo podria explicar.

Tambien, hijos míos, tambien cuando delante de vosotros se murmura y se deshonor al prójimo, procurad no prestar oídos á la maledicencia ó la mentira, no os hagais solidarios de la culpa que comete el calumniador, y mostrarle el mal que hace con vuestro disgusto ó vuestra reprobacion.

Me direis que esto es imposible, que la sociedad exige de nosotros, como muestra de educacion ó cortesía, el prestar atencion y asentir á lo que se nos dice.

¡Mentira! la sociedad no puede exigir que se denigre á uno de sus individuos, ni que se le arrojen al rostro sus defectos, y si tal exijiera, yo la rechazaria y la despreciaria, por que seria muy infame la sociedad que tal hiciera.

Además, si el mundo en sus falsas leyes impusiera el mal, Dios con sus santos mandamientos ordena el bien, y es preferible seguir á Dios, eterno é inmutable, que al mundo perecedero, y vano y deslucible.

Huid siempre de quebrantar el octavo de los preceptos de la ley divina, porque es uno de aquellos en que mas daño causamos á nuestros semejantes, y nos le hacemos á nosotros mismos.

—¡Oh! murmuró Julieta con sentimiento, lo que es yo no olvidaré jamás la historia de la pobre Valentina y de su pérfida amiga, y procuraré no descubrir, no digo las faltas, sino los secretos ajenos.

—¡Ay! hija mia, harás muy bien. En el mundo hay muchas Margaritas, y muchas historias tristes, y aun muchos dramas sangrientos, cuyo principio ignoramos, pero cuya causa fué una perfidia hija de la venganza, de la invidia, del orgullo y el amor propio, esas pasiones bajas y rastreras, que como la cizaña mata y destruye las flores perfumadas de la vengencia, de la caridad y de la virtud.

Y ahora, y ya que á mi modo, os he probado lo perjudicial que es mentir y levantar falsos testimonios, tambien, y refiriéndome al noveno mandamiento, os haré ver lo terrible de otra culpa tan estendida por desgracia en nuestra sociedad, que causa pena y espanto al alma, el pensar tan siquiera en ello.

Mil veces, hijos míos, y vosotros tambien, queridos amigos, que venis á escucharme todos los dias, os he manifestado que la mujer, instituida por Dios y las leyes, depositaria de la dicha, y la paz y la moralidad de la familia, es la responsable ante Dios y ante el mundo de cualquiera hecho, de cualquiera incidente que venga á turbarlas.

Y no me tacheis de severa, si cargo sobre la mujer tan alta responsabilidad, por que por mas que acusen al hombre de libertino ó de pervertido, el mas atrevido, el mas desenfrenado, dobla su cabeza, y retrocede con respeto ante el tranquilo, y digno y modesto aspecto de la mujer virtuosa y honrada.

¡La mujer honrada!

¡Oh! si alguna vez encontrais á vuestro paso alguna que no lleve escritas en la frente las hermosas palabras que yo acabo de pronunciar, apartaos de ella con horror: no estrecheis su mano, por que su contacto os mancharia: no la deis cabida en vuestro hogar, por que su aliento, como el de un reptil ponzoñoso, envenenaria la atmósfera que respirais y la haria nociva, oscureciendo quizá con la primera sombra de duda, el alma inocente de vuestras castas hijas.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilechez.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.